

LA COCINA DE PEDRO

Pedro prepara su tabla, pasa su mano y está tal como esperaba, seca y lisa. Solo él usa tabla para cocinar. Toma su cuchillo Victorinox, que fue un regalo de navidad de la señora porque alguien como él necesita el mejor cuchillo. El cuchillo digno del cocinero de un rey.

Pedro, siempre serio, recibe las cebollas peladas de mano de la Marisol, que es la verdadera dueña de la cocina. Él las pica en juliana a su ritmo sosegado y exacto, a esta altura ya no llora. Ni la cebolla, ni la sangre lo conmueve.

Marisol siempre prepara el almuerzo, salvo cuando son ocasiones especiales que entonces, las prepara él, con la ayuda de ella, por supuesto. Pero las cenas, sobre todo las cenas de los viernes y sábados y los días que tienen invitados especiales le corresponden a Pedro. La señora se siente orgullosa de tener ese servicio. Es lo que al menos se merece después de toda una vida de sacrificio. A él le gustaría ofrecer algo distinto que filete mignon con salsa de champiñones y papas duquesas, pero la señora insiste en que esa comida es la favorita de todos.

Después que sirven el postre, seguido de un café de granos sobre tostados, normalmente lo invitan a aceptar las felicitaciones de los invitados. Qué turrón de vino más espectacular, le dicen. Él asiente una vez, hace una mueca y se retira diciendo que le alegra que hayan disfrutado la cena.

Se va a su casa después, en un auto negro, conducido por un tipo que usa gafas oscuras de aviador incluso cuando es de noche. Se sienta atrás, ataviado por su abrigo de cotelé gris impregnado en vapores de sofritos. Puede intuir el profundo desprecio de ese tipo por él. Le da lo mismo, es reciproco, piensa mientras fija los ojos en la ventana y mira una ciudad vacía. Le carga su colonia Denim, le carga el gel old spice con que se aplasta las mechas tiesas, el cuello molido de su camisa blanca, le carga la manera que tiene de mirarlo por sobre el puente de los anteojos a través del espejo retrovisor.

Cuando llegan frente a su departamento en Santiago Centro murmura gracias y se baja del automóvil sin mirar atrás. Los ojos del chofer le perforan su nuca. Pedro se protege franqueando la puerta de entrada del edificio, como si entrase a un refugio nuclear en medio de una guerra, solo entonces se permite respirar hondo.

Una vez en su casa, lo primero que hace es sacarse la ropa, se pone pijama y prende un cigarrillo. Pone agua en la tetera. Lava las tazas sucias acumuladas de los días anteriores mientras hierve el agua bajo el clamor de las llamas azules que tiritan en un quemador viejo. Con una taza en las manos, mira por el balcón. La ciudad duerme acunada bajo la canción de las metralletas que suenan apagadas a la distancia, unas pocas luces encendidas de otros departamentos se ven a lo lejos. Sorbe su té de manzanilla y piensa en el peso de los días, en el desgaste de la rutina, en sus escasas opciones. Con los ojos ardientes, se va a dormir. Son cerca de las dos de la madrugada.

En unas horas más, tendrá que dirigir una nueva comida. Probablemente, la señora querrá algo como fricasse de pollo o cualquier otro plato que haya visto en Cocinando con Mónica.

Ese día cuando llega al trabajo le parece escuchar muy bajo una voz mofándose en un “ulalá, soy el cocinerito”. Cuando mira hacia atrás están todos tiesos en su rictus habitual sosteniendo un rifle en diagonal. Los escruta uno a uno. No son más que unos niños intentando llenar los zapatos. Frente al fogon, guiado por un impulso inusual, cuando la Marisol va a la despensa a buscar las latas de durazno en conserva, Pedro introduce la cuchara en la olla, crea un pequeño torbellino en su interior, y saca un poco de caldo que prueba con la misma cuchara. El aparato metálico choca con su lengua y sus dientes, lo deja recorrer el interior de sus mejillas. La Marisol aun no vuelve, entonces él saca la cuchara de la boca y la vuelve a meter en la olla, y revuelve energéticamente.

Ese pequeño secreto le pone de muy buen humor el resto del día. Si su maestro supiera, le cruzaría el rostro en dos cachetadas. Aún así siente que vale la pena. No lo sacan de su estado contemplativo, aunque le pidan preparar un babaroise de frutillas con jalea en polvo porque la Jacque, la hija mayor de la familia, se comió las frutillas del postre con crema mientras veía la teleserie. Esa noche cuando sale de la cocina a recibir los halagos de los invitados, ve la mesa repleta de hombres mayores, insípidos, que lucen idénticos cortes de pelos, ataviados en trajes gris ratón, los ojos brillan de alcohol, acompañados de mujeres que lucen

otro tipo de uniformes, en pelos inflados, collares de perlas, anillos gruesos de oro y abrigos de piel. La señora pone su mano en el hombro de Pedro, él es de su propiedad, de su colección, la extraña gema que las otras mujeres no pueden tener. Pedro solo asiente una vez más.

Al día siguiente, Pedro tiene en mente un áspic de verduras y huevos. Mientras pone el agua a calentar para bañar el colapez, se cuele la idea en su mente. No espera a que Marisol desaparezca, sino que muy silenciosamente, empieza a acumular la saliva dentro de su boca. El agua burbujea, entonces él apaga la olla y el colapez desaparece junto con el escupo que Pedro deja caer en la mezcla.

Siente el mismo tipo de realización, como si estuviera haciendo algo importante. Esa felicidad le dura hasta la noche, como una burbuja en el pecho, mientras bebe su té de manzanilla y observa los contornos de Santiago en una nueva noche enmudecida.

El jueves le corresponde trabajar nuevamente. Pedro antes de comenzar su jornada, enciende un cigarrillo, en el patio de servicio. En ese trabajo nadie conversa con los otros, nadie comenta lo que escuchan en el salón, avanzan con pasos apretados, silenciosos, cabizbajos. Es como si fueran fantasmas. Como si estuvieran muertos, pensó Pedro. Los únicos que no son así, son los que usan anteojos oscuros de aviador.

Ese día Pedro, se plantea ir más allá de escupir en la comida. Cuando está todo listo para servir, mira la botella de cloro, la toma rápidamente, la destapa y el olor le golpea de inmediato. Es muy pasoso, no se atreve. Deja la botella donde la encontró, en el borde de la ventana, antes de que la Marisol se dé cuenta.

Cuando lo invitan a recibir las felicitaciones, un señor calvo le pregunta que era ese plato tan exquisito. Estrogonof de ternera, contesta Pedro. Y ante esas palabras el General por primera vez le dirige la mirada y le pregunta con ese sonsonete agudo.- ¿y ese plato no es marxista?

Y él le contesta, se inventó en San Peterburgo pero es cocina francesa, señor.

No le vuelve a hablar, no lo vuelve a mirar. Pedro ve cómo empuja el plato lejos con sus dedos gordos como longanizillas. Se siente nervioso, se obliga a respirar lento, mira a la señora y ella le sonrío como una máscara. Pedro pide permiso para servir el postre y se retira.

Mientras es despachado el helado de lúcuma, él prepara café de grano y a cada taza le agrega una gota de cloro.

Pasan semanas donde incorpora toda clase de veneno en la comida, aliña la carne con trazas de arsénico, todo de muy poquito, cianuro en las manzanas, sombras imperceptibles. Sabores que están ahí pero se desvanecen tan pronto se mezclan con el jugo del vino, con la sal de la mantequilla, con los pequeños aceites de los panes de semilla que pone sobre cada plato. Siempre desaparecen en el bocado siguiente y solo queda una ligera duda.

Durante las semanas que siguen y mientras se acerca la fecha del plebiscito, son más los invitados que transitan por la casa, al tiempo que aumenta la exigencia de la señora, y crece el disgusto del señor. Él quiere cazuelas, carbonadas, caldos de pollo, charquicán y que cocine la Marisol. Ella quiere petit bouche, cassoulet, foie gras, quiche Lorraine y baguetes, ejecutados por su mejor chef educado gracias a una beca Cema Chile.

Pedro esa noche llega con los pies hinchados. Fuma y mira la ciudad, cuando siente el timbre de su puerta sonar. No se atreve a preguntar quién es. Al acercarse a la puerta huele el olor de la colonia Denim. Es el chofer que lo lleva todos los días al trabajo, entra sin esperar invitación, mira todo lo que hay en ese departamento casi vacío.

Pensé que me iba a encontrar con algo más... comunista.

Pedro no se ríe. Ni tampoco se enoja. Se queda serio, como si ejecutara una receta. Sus movimientos son estudiados y fluidos, le ofrece asiento, una taza de té, si acaso quiere seguir registrando el baño o la cocina.

No, no es necesario. Vine porque pidieron un registro rápido. Pedro levanta las cejas, y evalúa si se hace el ofendido o no. Decide no hacer nada. Se queda estático con su taza de manzanilla, se sienta en su silla del balcón, cruza la pierna, mientras el chofer revisa sus libros y revistas, mira sus fotos, saca su ropa interior de la cómoda y la esparce por el suelo. El tipo le toca el hombro antes de irse, y masculla, te salvaste mariconcito.

Como esa noche no pega un ojo, se va temprano al trabajo decidiendo que no dirá nada sobre aquella vejación, porque intuye que la señora no está al tanto y él no quiere problemas. Además intuye que nadie ordenó ese registro. Le pareció verlo en los ojos del chofer.

Esa mañana se va caminando por la costanera del río, un torrente andino barroso cuyos pliegues han sido enderezados a punta de adoquín, el río arrastra a su paso colchones destripados, piezas oxidadas de autos, basura y a veces restos de cuerpos humanos. Hay muchos perros reunidos en la orilla. Le parece divisar un trozo de piel entre unos matorrales. Baja con agilidad, por un pilar. Encuentra entre los perros y los arbustos parte de un torso de una mujer a medio podrir. Bajo los senos está la piel amoratada, el despiece irregular y la piel lisa y maltratada, en ciertos puntos abultada y azulosa, un ombligo redondo, un pubis rojo destrozado y parte de las piernas. Por atrás, sus nalgas redondas a medio mascar por los animales. Espanta a los perros a pedrazos, esconde el cuerpo de vuelta en el matorral y lo cubre con piedras. Trepa por el pilar y sigue su camino sin dejar de pensar en aquella piel marmolada de moretones. Se va al trabajo y preparará sopa de cebollas, pato a la naranja y crepes con manjar y frutas. El menú de ese día es importante para desearle suerte al jefe en el plebiscito.

Mientras él trocea la pechuga del pato, la Marisol fuma en la misma cocina, a pesar de que está prohibido, pero para ella nada de eso vale. Le dice a Pedro de pronto. Qué le hay estado echando a la comida.

Pedro no se inmuta. Sal y pimienta responde. La sazón tradicional.

Te hacis el weoncito, a mi no me engañai. Yo sé que tu comida tiene algo raro, yo lo puedo sentir.

Pedro la mira un segundo, luego vuelve los ojos a la carne negruzca del pato. No ve el sentido de discutir con ella. Se sorprende cuando le avisan que mañana podrá ir a votar, por el jefe, por supuesto, antes de irse al trabajo. Pero ojalá que no llegue tarde, en lo posible que llegue a la misma hora de siempre.

Pedro se levanta muy temprano. No pudo dormir de nuevo. El colegio que le corresponde está a solo seis cuadras de su departamento. Se va caminando y escucha el canto madrugador de las aves y le peina el aire frío. No hay nadie más, a Pedro le da la sensación que la gente no confía. El colegio está lleno de adolescentes militares como los de su trabajo. Busca su mesa, no hay fila, entra de inmediato y frente a la mesa de los vocales le pasan un papel, se va a la cámara secreta y antes de cualquier cosa mira en todas las direcciones. No hay nadie,

Lee el voto. El papel dice PLEBISCITO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA. EL NOMBRE DE SU JEFE.

—
Sí.

—
No.

La cámara secreta lo hace sentirse cómodo y rebelde. Él levanta el lápiz como si fuera un cuchillo y hace un corte sobre la palabra No.

Pliega el voto como una dobladita. Pega la estampilla al papel con saliva para que no se abra, lo deposita en la urna, le manchan el dedo en una tinta verde azulosa que demorará largos minutos bajo el chorro del agua y masajes con abundante jabón para hacerla desaparecer. Cuando se va de regreso a su casa, ya sabe que lo hará. Por eso empaca dentro de su mochila tres bolsas de plástico y un cuchillo, echa a andar con paso suave por la orilla del río, una vez en el lugar, baja por el pilar, tal como en la cámara secreta, mira en todas las direcciones y cuando comprueba que es seguro, que está solo, mueve las ramas y las piedras y descubre el trozo del cuerpo humano que ocultó y le corta con maestría los dos montículos que eran las nalgas. La carne se separa dejando un rastro gelatinoso. Embolsa los glúteos y los oculta dentro de la mochila. Lava sus manos y el cuchillo en el agua barrosa del río.

En la cocina de su trabajo, lava la carne blancuzca, le saca el barro, las piedrecillas, los terrones infiltrados entre la epidermis y el músculo, no puede borrar los moretones, introduce la punta del cuchillo, introduce el pulgar, con ello un poco de fuerza y la abre, la reconfigura y de pronto deja de ser nalgas, y se transforma en posta rosada, en pechuga de pollo, en una carne limpia, amplia, irreconocible, salvo por los moretones. La pica en trozos más grandes, para evitar el olor a descomposición la deja remojando con vinagre. Cuando llega la Marisol pregunta qué es ese olor. Yo no siento nada, contesta la María Isabel. Conejo dice Pedro, conejo que se está desaguando.

- ¿Y los franceses comen conejo?

Los franceses comen de todo, contesta él mientras trocea tomates maduros. La carne la cocina largo rato en abundante vino tinto, la desmecha en hebras grandes, la une a un sofrito, luego incorpora setas y finalmente salsa de tomates casera y rellena canelones, aunque la señora se

queje de lo poco francés de ese almuerzo. Le agrega un queso fuerte que encontró en la bodega. Va perfecto con los otros aromas.

Deja los canelones dentro del horno, los gratina lentamente y los sirve a eso de las 19:00 horas, al tiempo que en las noticias transmiten el primer cómputo con los resultados parciales, y dicen que va ganando el Jefe, pero por la cara de sus comensales, Pedro ya sabe que no es así.

By pass

Lo que ocurrió esa noche es que mi mamá le dijo que a mi papá que mi hermana estaba embarazada.

Se lo dijo en el patio, mientras recogían la ropa que estaba tendida. Yo escuché sus gritos, espíe por la ventana del baño y alcancé a ver cómo le pegó un puñetazo a la pared del patio. Con gestos acelerados entró a la casa, cruzo el comedor sin mirar a mi hermana, tomó su chaqueta y salió por la puerta principal. Como si ya no soportara estar ahí. La puerta se cerró estruendosamente y las ventanas se agitaron con el portazo.

Hasta este momento, yo no sabía por qué él estaba tan enojado.

Mi mamá me lo dijo un poco después, con los ojos relampagueantes y cargados de rabia. Mi hermana seguía como si nada, de pie al lado de la estufa, calentándose la panza plana, con su pelo brillante y más largo de la última vez que la había visto. Tenía puesta su ropa nueva que se había comprado en Santiago, donde había ido a trabajar, a estudiar y a embarazarse.

- ¿Y dónde fue el papá?
- No tengo idea.

Salí tras él. Corrí hasta la esquina sin saber hacia dónde ir. Por un lado, y mucho más cerca, estaba la carretera donde, en ese entonces, estaban construyendo el *by pass* nuevo. Un hoyo de cuarenta metros de barro y agua. En la otra dirección, el centro de la ciudad, y varias calles más allá, la línea del tren.

Me lance hacia el centro de la ciudad. A pesar de que eran solo las nueve de la noche, yo nunca andaba tan tarde por la calle sola y descubrí que nadie lo hacía, que estaban vacías, envueltas de neblina y el humo de la leña mojada. Avancé cinco, seis cuadras, con la sensación de tener el corazón galopando en la boca; no encontraba a mi papá. Acompañada siempre de esa sensación de que algo malo estaba a punto de ocurrir. Seguí corriendo, hasta que en una esquina había tres hombres tomando, y uno me preguntó, el del cigarro, qué hacía fuera de mi casa. No le contesté, me di media vuelta y me fui corriendo de vuelta sin cruzarme con nadie más en todo el trayecto.

Volví con el pelo cargado de gotitas de la neblina. Mi mamá me preguntó si vi a mi papá, y le dije que no. No le dije que vi a esos hombres, no andaba nadie en la calle, contesté. Me dijo que me fuera a acostar, pero no me acosté. Me fui a mi pieza sí, tomé mi virgencita luminosa que estaba sobre mi velador y la apreté fuerte en mi mano. Esa virgencita siempre había estado en mi casa, era una figura vieja, ya no tenía brazos y solo le quedaba media cabeza, la trajeron de un viaje al Santuario de Teresa los Andes al que no fui porque era muy chica. Recé con los ojos apretados, pidiendo porque a mi papá no le pasara nada malo. En el resto de mi casa solo había silencio. Cada cierto tiempo, escuchaba el crujido de la estufa, cómo mi mamá atizaba las brasas y le ponía más leña a la estufa.

De pronto sonó el timbre que emitía el ruido de una chicharra. Todo era así en mi casa, funcional, no decorativo. Escuché a mi mamá saludar. Me asomé y vi que venía mi padrino, mi madrina, y finalmente mi papá. Traían un paquete con ellos. Salí de mi pieza, ahora había visitas, ya no tenía que estar encerrada además eran la respuesta de la virgencita a mis rezos.

- Trajimos longanizas. Podemos hacerlas con papas cocidas, comadre.

Mi mamá se recluyó en la cocina con mi madrina a pelar papas. Y mi padrino conversaba con mi papá sobre las cosas que estaban pasando en el campo, mientras tomaban vino en el comedor en vasitos cortos. Mi papá parecía genuinamente interesado en lo que le decían, por un momento no parecía afectado por la noticia de que mi hermana de diecisiete años estuviera embarazada.

Cuando empezó a salir el olor de las longanizas dorándose, mi hermana, que aún seguía al lado de la estufa, se excusó y se fue a su dormitorio.

Yo acomodé las sillas, barrí las cenizas que salían de la puerta de la estufa y puse la mesa. Platos, cubiertos, vasos. No había bebida, pero había vino. Yo preparé un jugo en polvo para mí. Puse más leña al fuego y miré la pared del comedor de mi casa, en la que estaba colgando el único cuadro: la bendición papal, enviada desde Roma para mi papá, su esposa y sus hijas.

Mientras estábamos comiendo parecía que nada hubiera pasado, por momentos hasta me olvidé de lo de mi hermana y disfruté de la comida inesperada. Me reí con los chistes de mi padrino, y le pregunté por los terneros que había que darle mamadera porque la vaca tenía mastitis.

Pero tan pronto se acabó la comida el embrujo se rompió. Fue mi mamá. ¿Dónde se encontraron ustedes? Mi madrina le contestó. –Yo vi a mi compadre caminando hacia abajo, y le dije a Sergito. Mira, Sergio, es mi compadre. Y nos estacionamos al lado de él. Le preguntamos dónde va compadre. Y no nos contestó, se encogió de hombros. – Ahí yo dije, vamos, Sergito llevémoslo para la casa. Algo pasa.

Pero nos devolvimos a la carnicería a buscar unas longanizas. –Terció mi padrino y me guiñó un ojo.

Entonces mi mamá les confesó. –Lo que pasa es que la Francisca está embarazada.

Mi papá siguió imperturbable. Como intentando mantener intacta su dignidad afirmando la espalda en la silla y picando un resto de papa en muchos trocitos.

Mi madrina frunció los labios y miró a mi padrino con una expresión que yo no supe entender. –Pero un niño siempre, siempre, es una bendición, comadre.

Mi mamá siguió. –No sabemos quién es el papá. Al parecer, es un hombre casado, de más de 30 años, que conoció en Santiago.

Entonces mi madrina me miró y levantó las cejas. Mi padrino se echó un pedazo de pan a la boca.

No se habló más del tema. Mi papá se quedó en su asiento sin decir una palabra al respecto.

Luego tomaron café y yo me fui a ver tele. Cuando mis padrinos se fueron, yo me despedí y me fui a mi pieza, acostada en mi cama seguía apretando con fuerza a la virgencita en mi

mano mientras rezaba una oración que me costaba trabajo recordar. Después de un rato, escuché los sollozos de mi papá ahogados en la almohada, se quejaba como si le doliera algo. Esa noche me quedé dormida escuchando su llanto.

Desde ese día todo cambió. Mi mamá comenzó a cocinar mal y ya no había música en la casa. Mi papá ya no nos hablaba. Llegaba del trabajo, comía en silencio, se cepillaba los dientes y luego volvía a trabajar. No se daba cuenta que llevábamos cinco días consecutivos comiendo lentejas desabridas con pan remojado. Mi hermana regresó a Santiago para seguir sus estudios de primer año en la universidad, volvió ese mismo fin de semana. Tengo recuerdos que ese año fue particularmente lluvioso y oscuro, la capa de nubes arremolinándose en el cielo permaneció todo el otoño, el invierno y no se fue hasta pasado octubre.

Lo único que concitaba el interés de mi papá era la construcción del bypass en la ruta 5 sur. Los fines de semana lo seguía a sus caminatas, salía como un rayo disparada hasta que lo alcanzaba y lo obligaba a que me diera la mano. Caminábamos entre medio del barro hasta llegar a la orilla, entonces se abría un abismo y nuestros zapatos se acercaban al borde, y dejábamos las puntas en el aire. Entonces él miraba con los ojos fijos la profundidad del agujero excavado, el agua achocolatada. Yo le apretaba la mano fuerte, estaba atenta a cada uno de sus movimientos por si tenía que tirar de él.

En esos días me pasaba tratando de entender cómo mi hermana pasó a ser la mejor alumna a una *adultera*. Si ella se había ganado el premio de pastoral cuando salió del colegio.

Una tarde vino de visita mi madrina, y se sentaron a tomar maté con mi mamá al lado de la estufa. A nadie le molestó mi presencia porque daba lo mismo si estaba ahí o no. Yo estaba dibujando una flor en un block.

-Comadre, ¿para dónde crees que iba mi compadre el otro día?

Mi mamá respondió entre chupetazos –Por donde se lo encontraron ustedes, yo creo que iba a la línea del tren.

Me quedé tiesa en medio de un pétalo. En San Carlos la línea del tren dividía la ciudad, y dividía la vida de la muerte también. A varios les había pasado que encontraban ahí algo rápido, sin dolor. Dejarse llevar por una montaña de metal que pega a más de 100 kilómetros

por hora. Eso había hecho dos años atrás el papá de Jorge, un compañero de colegio, porque decían que tenía muchas deudas. Yo, tenía que rezar más.

Mi mamá hablaba todas las semanas por teléfono con mi hermana. Mi papá nunca. Yo tampoco, era del equipo de mi papá. Antes de que estuviera embarazada tampoco conversábamos. Cada vez que llamaba nos saludábamos y ella pedía que le pasara el teléfono a mi mamá. Antes que se fuera a Santiago, me mandaba todo el día, y peleábamos cada vez que nos quedábamos solas. La última vez me dejó una marca de su mordida en mi antebrazo. Yo le saqué un mechón de pelos.

Un día, a la hora de almuerzo, mi mamá sentenció. –Creo que deberías ir a Santiago a ver cómo está tu hija.

Mi papá la miró y no dijo nada.

-El próximo fin de semana es una buena fecha. Justo cae fin de mes y te pagan.

- No quiero ir. –Contestó con calma. –Pero si tú quieres ir, yo te compró los pasajes.

- Es tu hija también.

Mi papá no respondió. A mí nadie me invitó.

Mi mamá se fue a Santiago un día viernes en la mañana. Cuando volví del colegio, sobre la estufa a leña, a la que solo le quedaban unas pocas brasas, había una olla con arroz blanco graneado y había una nota donde decía que yo tenía que preparar los huevos fritos. Me esforcé para que me quedaran bonitos, también preparé como pude una ensalada de tomates. Estaba recién aprendiendo a pelar verduras y perdí la mitad de cada uno.

Cuando llegó mi papá y le serví el almuerzo, me miró por primera vez en muchos meses. Sus ojos estaban caídos y amarillentos. Su pelo se estaba comenzando a encanecer. Solo me dijo gracias. El arroz no tenía ni un grano de sal.

Comimos naranjas y tomamos café, luego se cepilló los dientes y se fue a trabajar.

Volvió cerca de las 11 de la noche. Yo tenía la mesa puesta para tomar once y estaba viendo tele. Cuando me fui a acostar, de nuevo lo escuché llorar en su pieza.

El sábado estuvo toda la tarde trabajando en el patio, soldando fierros para la reja nueva. Estaba húmedo y nublado. Se entró cuando ya no quedaba luz. Se fue al baño y antes de escuchar el sonido de su cuerpo desplomado, yo ya estaba de pie. Empujé la puerta y no se abría. Su cuerpo estaba atravesado y no me dejaba pasar. Entré por la ventana del baño, que era muy chiquitita para mí, pero por la que me hice entrar de alguna forma.

Mi papá estaba desvanecido, tirado en el suelo. No sabía si estaba vivo o muerto, hice lo que había visto en la tele. Le apreté la nariz, le abrí la boca y le tiré aire hacia dentro. Lo hice varias veces hasta que mi papá sin abrir los ojos empezó a pegarme para que me alejara de él.

Cuando abrió los ojos se dio cuenta que me estaba golpeando y que él estaba acostado sobre la cerámica fría del baño. Le dije que se quedara ahí un poco más, y que luego se sentara, hasta que no estuviese mareado. Y que solo entonces se podía levantar, todo eso me lo enseñó la doctora Queen. Pero cuando se sentó, de su nariz comenzó a aparecer un abundante chorro de sangre. Parece que le había apretado muy fuerte.

Aun mareado, y con un tapón de papel en la nariz, lo llevé hasta su dormitorio. Lo ayudé a ponerse pijama y lo acosté. No sabía que más hacer. No sabía si eso era una emergencia o no. Me acordé que la vecina de la esquina era enfermera y la llamé por teléfono. Ella llegó cinco minutos después con un maletín. Con un aparato lleno de mangueras y perillas, le tomó la presión y dijo que estaba muy alta. Me pidió agua con limón y le dio un comprimido. Y me pidió que no lo dejara dormir durante las siguientes dos horas, porque se había pegado fuerte en la cabeza y tenía un chichón. Para que no se durmiera esa noche vimos la sociedad de los poetas muertos, la estaban dando en la tele.

Al día siguiente amaneció menos amarillento, y cuando llamó mi mamá le conté todo y me dijo que no me preocupara, que ella volvía ese mismo día, porque mi hermana estaba bien. Qué poco me importaba. Le pregunté a mi papá si quería ir a misa. Me respondió que no.

Desde que mi papá supo que mi hermana estaba embarazada ya no iba a misa. Qué bueno, porque era el peor panorama del fin de semana, yo prefería ir a la feria o a la carnicería, incluso a ver cómo avanzaba el by-pass. Pero mi panorama favorito era ir al campo a ver a

mis padrinos. Pero yo tenía que rezar, la virgencita descabezada me respondía, me levanté pero no me bañé y me fui a la iglesia de la plaza.

Esa tarde en nuestro paseo por la construcción del túnel, nos detuvimos en la orilla, como siempre. Con una parte de nuestros zapatos flotando en el aire. Frente a nosotros una elipse, en cuyo interior ya no solo había barro oscuro y agua, sino también algunas bases de hormigón y fierros con sus puntas erguidas, como pinchos. Lo miré y lo supe. Metí mi mano en el bolsillo y apreté mi virgencita.

Ese 18 de septiembre, mi papá nos dijo que nos fuéramos a la playa. Mi mamá preparó un cordero arvejado, que calentamos en un brasero sentados a la orilla del mar. El viento estaba pesado y las olas se enroscaban sucesivamente, explotando en espuma contra los roqueros. Mi papá llevó volantines. Nunca aprendí a encumbrarlos porque él lo hacía por mí. Le puso los tirantes y una cola. Me alejé con el volantín entre las manos y a su señal lo lancé a los vientos. El corrió un poco hasta que el volantín se irguió en el cielo. Me dejó el volantín elevado y él, disimuladamente, se fue a caminar por la orilla de la playa. Cuando me di cuenta dónde estaba, mis ojos dejaron de mirar al cielo. Ese mar agitado, afilando los roqueros, tenía el mismo poder que la excavación del *by pass*. Lo sentí en la forma en que se plantó en el borde, estático, mirando el horizonte, sin percatarse que el agua le iba a mojar los zapatos.

Metí la mano en el bolsillo de mi chaqueta, y no estaba mi virgencita. Se me había quedado en la casa.

Solté resignadamente mi volantín para ir a afirmar a mi papá. Pero entonces vi que fue mi mamá la que se paró a su lado y se quedó igualmente parada junto a él. El viento soplabá, y mi volantín subió más y más, trazando un giro largo y se alejó tras la curva de los cerros. Mis papás se quedaron mucho tiempo mirando la línea del horizonte, el sol derretirse tras las nubes y cuando las olas llegaron a sus pies, ninguno de los dos arrancó.

Cuando nació la Fernanda fue mi papá quien llevó a mi hermana al hospital. Se fueron los tres apurados y yo me quedé sola en la casa viendo la teleserie. Volvieron horas después y mi mamá me retó por no preguntar nada.

- ¿Acaso no te importa si tu sobrinito nació bien?

Cuando dije que no, mi mamá me pegó un palmetazo en la cabeza –Qué pesada. Nació sanito, gracias a Dios.

- ¿Y el papá?
- Se quedó en el hospital haciendo trámites.

Esa noche mis papás me invitaron a cenar. No entendía la felicidad de todos. Quizás la de mi mamá y mis padrinos sí, pero mi papá también parecía feliz. Se reía, hablaba. En el restaurant me dijo, hija, pida lo que quiera. Nunca me habían invitado así.

Me pedí un jugo. Y un pastel de choclo. También pedí postre.

Me sentí traicionada. En qué momento algo que parecía ser una mala noticia, se transformó en un acontecimiento digno de celebrar.

Tres días después llegó el Fernandito a la casa, pero no mi hermana. A ella se le infectó el útero y la tuvieron que dejar dos semanas más. La guagua era chiquitita, rojiza, con ojos grandes como extraterrestre. Lloraba como gato en agosto. Pronto mi papá empezó a llamarle *gatolate* y a ponerle caras raras mientras la guagua miraba desconcertada en todas las direcciones. Yo la entendía a la perfección, yo tampoco sabía dónde estaba.

Una tarde, después de clases salí a caminar. Fui al *by pass*, y descubrí que ya estaba casi terminado. La excavación había sido rellenada, seguía siendo un hoyo, pero no tan profundo. Ya no había barro ni agua. Cuando volví le conté a mi papá. Al día siguiente fuimos los tres a verlo, pero esa vez no nos paramos tan cerca del precipicio. Habían puesto mallas protectoras, y además andábamos con el coche. Ya no había charcos, ni senderos. Ahora había veredas, calles y todo lucía gris y liso. No había rastro de los fierros, de las raspaduras irregulares, del agua lodosa y encharcada. Nunca más volvimos a nuestros paseos por la orilla de la ruta 5.

Cuando volvimos a la casa había olor a porotos granados. La música sonaba en la radio de la cocina, era un casete del topo Gigio que había sido mío. Entonces saqué mi virgencita del bolsillo y se la puse entre los deditos pequeñitos y apretadores del Fernando.

Yo ya no la necesitaba.

